



**José Bielsa**

**Fotos de posguerra  
(Relato)**

Aunque siempre he tenido algún recuerdo suelto del tiempo que pasé en el preventorio, este relato no habría sido escrito si no fuera porque se aliaron ciertas circunstancias, tales, como que Alicia, mi mujer, y yo, hubiéramos decidido recorrer el litoral levantino, pueblo a pueblo, buscando un rincón donde trasladarnos cuando ella alcanzara su jubilación; que el edificio del preventorio, antes casino y lugar de recreo, en evidente estado de abandono, conservara todos los elementos arquitectónicos necesarios para despertar a cada paso una antigua imagen, una vieja sensación o un nombre; que nuestra nieta pequeña, de sólo cuatro meses, fuera alérgica a la leche de vaca y estuviera dando algunos quebraderos de cabeza a sus padres; que en la visita del día anterior a nuestro amigo Luis, en un pueblo cercano a Valencia, nos preguntara, mientras tomábamos café, si los iraquíes no se sentían abrumados bajo el régimen de Sadan Hussein, y tal vez, sólo tal vez, porque al atender en el hotel esa misma noche a un programa de televisión, escuché decir a una joven escritora refiriéndose a su padre que, *los hombres nacidos en la guerra o la posguerra se habían endurecido mucho y no supieron mostrar sus emociones.*

—¿Cuántos años tienes?

—Seis.

—Yo tengo ocho y ése diez. Nosotros vamos a escaparnos. Sabemos que nos han traído aquí para quitarse problemas en casa. Si no te escapas te tienen encerrado toda la vida.

Las manos me ardían. Nada más llegar al preventivo me había encontrado con aquel castigo. No podíamos hablar en horas de reposo y nos habían llevado allí para reposar. Las manos me ardían y los pensamientos eran horribles, hasta que el niño de al lado me enseñó el truco: no había que ponerlas bajo las nalgas sino escondidas bajo el babi. Me sentí algo aliviado, pero cuando la señorita pasó revista a nuestras manos y encontró las mías blancas y sin una arruga, se paró y exclamó en voz alta:

—Vaya, nos ha llegado un hombrecito que se cree muy listo. Continúa con ellas bajo el pompis.

Las miradas y risitas del resto de los niños me humillaron y sobre todo el engaño de mi compañero, que cuando vio venir a la señorita había dado la vuelta a las suyas, sin avisarme, ejerciendo una pequeña presión para que se grabaran en ellas las marcas del cemento y la arenilla. Entonces me volví hacia él y le dije:

—Si esperáis a que cumpla ocho años me escapo con vosotros.



Mi padre fue el tercer hijo de una cigarrera de rompe y rasga. Nació en Madrid en 1905. Desde joven perteneció al Círculo Socialista del Sur y, cuando perdió la guerra, guardó durante algunos años una pistola en el camaranchón de casa, junto a un retrato arrollado de Pablo Iglesias que hoy cuelga en una pared de mi despacho. Su sencillez y su orgullo se confundían dentro de su pequeña figura, siempre embutida en un mono de electricista. Él me enseñó a leer y escribir muy pronto, junto a otros niños y niñas del barrio a quienes nos daba clase cuando volvía del trabajo. Hoy me detengo a pensar en su orgullo consciente, tan maltratado por culpa de aquellas circunstancias, cuando hubo de buscar alguna recomendación entre los vencedores hasta conseguir una plaza en el preventorio para ese hijo suyo, que llevaba varios meses guardando reposo en una hamaca, y no llegaba a reponerse. Grande debió ser el desgarró de la familia ante aquella niñez accidentada que ya les había sorprendido, a los tres años, con el ingreso urgente en el Hospital del Rey por pulmonía, y antes, con un foco de difteria en el labio inferior cuyo diagnóstico médico fue: *picadura de insecto*.

—No. No permaneció mucho tiempo abierto, hasta el sesenta más o menos. Cuando llegó la penicilina dejó de ser necesario.

Eran las palabras del dueño del restaurante, en la bifurcación de la carretera entre Busot y Aigües (en aquella época Aguas de Busot), que dejaba entrever en los matices de su voz, cargada de un excesivo seseo, la queja por la falta de clientes.

—Yo estuve aquí en el cincuenta y dos, hace ahora, precisamente, cincuenta y dos años. Cuando nos hemos desviado de la carretera general, antes de entrar en Alicante, he sabido que aún lo encontraría en pie.

Se me había aparecido de pronto, al dar una curva, entre pinos y palmeras, como un palacio irreal con tres torres que viniera de mis sueños infantiles, y había desaparecido, de nuevo, tras una colina vieja erosionada por soles y vientos, a la que habría herido más profundamente alguna máquina con sus fauces de acero para ensanchar la carretera. El camino que recorría ahora me resultaba tan árido como me lo pareció de niño, en aquel coche que traqueteaba por el angosto camino. Una voz extraña, de mujer de negro, se quejaba de mareo por las curvas; hubo que detener el coche para que vomitara. Por alguna conversación entre mayores deduje que ella y el marido, los dos de extremada delgadez, eran tuberculosos —se me representaba la enfermedad como un atributo de los pobres— y tenían allí dos hijos y una hija que venían a visitar cuando podían.

—La Diputación lo vendió a un particular de Madrid que pretendía restaurarlo. Quería devolverle su antigua actividad de casino; aprovechar las aguas como casa de

baños, pero pronto será una ruina, ya han robado el mármol de los suelos.

¡Concha! Se llamaba Concha aquella mujer enferma y mareada en la que se iluminó el rostro, poco antes aterrador, nada más atravesar el arco que daba entrada al preventorio. Sólo en ese instante, al ver la felicidad que reflejaba su cara, sentí en mí su alegría y enternecido la perdoné.

De mi madre uno de los recuerdos más tempranos que guardo es cuando observé, escondido entre los pliegues de la cortina que cubría la entrada a su habitación, cómo se arrodillaba ante la fotografía del Sagrado Corazón, que había usurpado el marco tallado para Pablo Iglesias, y se lamentaba llorando porque no podía comprar para mí el panecillo blanco de estraperlo que, mi hermana, encargada de ir a buscarlo, olisqueaba con envidia a la vuelta. Mamá no era especialmente religiosa, más parecía una mujer agobiada. Esa noche, hurgando en los rotos de su enagua, le prometí que le compraría una nueva cuando fuera mayor. Mamá no pudo acompañarme al preventorio.



Alicia sujetó la valla mientras yo me arrastraba adentro, bajo la alambrada del recinto, ignorando los letreros que prevenían del peligro por derrumbamiento. Después me pasó la cámara de fotos con cuidado. Salieron a mi encuentro un grupo de cinco o seis perros asustados, lanudos y estropajosos, que ocultaban el miedo tras sus ladridos. ¡A callar!, les grité, y todos me hicieron caso menos uno que me acompañó un trecho escuchando otras palabras tranquilizadoras. Habían tomado como refugio el antiguo local de enfermeras y, traspasado éste, volvió la calma y se olvidaron de mí.

Aceptada la idea de que un periodo de cincuenta años permite ver la historia con desenfado, atravesé el arco que se había empequeñecido por el tiempo. En el frontis, dando forma de medio círculo para cobijar en su interior el águila y el escudo, aún se puede leer con esfuerzo: *Preventorio Nacional Antituberculoso*. Resalta el águila en rojo sobre una ancha banda amarilla. Los niños y niñas pasábamos bajo el arco en contadas ocasiones: al ingresar; por Pascua para ir a tomar la mona en el monte, junto a la ermita de la Merced rodeada de pinos y algarrobos; cuando recibías visita y te permitían salir con los familiares, y el día en que abandonabas el sanatorio. Calculé el tiempo que había permanecido allí tomando como referencia algunos recuerdos, pero antes, me vi atrapado por una sensación muy profunda de calma, como si buceara en la consciencia de haber escapado muchas veces de la muerte y la seguridad de que cuando ésta se acerque por última vez, para reclamar lo que es suyo, llegará cansada por el esfuerzo de tanto ir y venir y me encontrará también

cansado por tanta espera. Una brisa suave que bajaba desde la colina cercana acarició mi rostro y me transportó.

Dejamos un Madrid frío y nos refugiamos en el calor y los ruidos metálicos de la estación de Atocha. El olor de la carbonilla no desacreditaba la ansiedad de la aventura y el deseo de ver el mar por primera vez. Casi con seguridad eran los últimos días de enero de 1953 —luego contaba seis años recién cumplidos—. En el compartimento papá se quitó su chaqueta gris, hizo un rebujo con ella, y me la puso de almohada sobre el asiento de tablillas. De la noche no recuerdo más que la parada soñolienta en alguna estación mal alumbrada y ráfagas de calor y frío que me estremecían, pero la mañana, llegados a Alicante, era de una luminosidad extraordinaria. Fue como salir de un largo túnel. Ya en la playa subí a un puesto de observación, una escalera de rasillas que llevaba a ninguna parte (parecía que hubiera sido arrancada de cuajo de alguna casa y la hubieran depositado en medio de la arena sola y muerta de tristeza), para ver una extensión más grande de agua. Siguiendo los consejos de papá me chupaba los labios en un intento de saborear la sal sin conseguirlo. El mar, visto así, no me impresionó. Lo que me quedaría para siempre de ese mismo mar fueron las luces de las barquitas de pesca que veíamos por las noches desde nuestra habitación, aquellas lucecitas que semejaban pequeñas estrellas en un cielo que se extendía por debajo de nosotros.

La vuelta a casa fue para la festividad de la virgen, después de hacer la comunión, a finales de septiembre. Guardo memoria de un paseo por la playa, calzado con unas zapatillas azules que se abotonaban por una tira de tela sobre el empeine —puede ser un recuerdo afianzado

por una fotografía— y por una pequeña decepción en el puerto. Deseaba montar en barca y deslizarme por las aguas azules de mi firmamento infantil, de aquel mar liso y en calma que contemplé e hice mío desde el preventorio bajo un sol amigo, pero la nueva visión del mar desde el puerto, profundo, oscuro y distante, con olor acre, deshizo el deseo bajo el temor de una amenaza. Aquí acaba mi viaje de vuelta a casa, con el final de septiembre, por lo que todo indica que viví en el preventorio ocho meses.

Digo que viví porque no puedo dar un paso más en este relato sin dejar constancia de que era un niño feliz, cuya alegría fluía a borbotones con la comprensión de cuanto me rodeaba.



—Lo que no entiendo —dice Alicia mientras comemos— es por qué dijiste a aquellos niños perversos que si esperaban a que cumplieras ocho años te escaparías con ellos.

—Porque intuí que querían asustarme. Y quizás lo hubieran conseguido de no haber tenido plena confianza en mi familia y saber, con la firmeza que lo sabía, que me habían llevado allí muy a su pesar, como último recurso para que me pusiera bueno.

—Ya, pero por qué esa promesa.

—Porque desenmascararles me habría acarreado tener dos enemigos nada más llegar.

—¿Y todo eso lo pensabas tú siendo tan pequeño?

—Todo eso lo pensaba un niño que había estado en una hamaca durante muchos meses, a veces en la puerta de casa bajo la sombra de dos acacias, observando las reacciones de otros niños que se acercaban para preguntarle por qué no jugaba con ellos a la pelota.

—Y luego qué pasó.

—Que se olvidaron de mí y no volvieron a molestarme.

Ha vuelto a mi lado el perrillo ladrador como necesitado de nuevas palabras. A la izquierda, según me adentro entre los recuerdos, los cascotes y la maleza, está la capilla y un poco más acá, cerca de la entrada principal del gran edificio —ahora tapiada—, lo que fuera el despacho en que nos recibió doña Tránsito.

Doña Tránsito fue como una pedrada que me dejó alelado. Era la primera vez que oía ese nombre de mujer —juraría haberlo leído la noche anterior colgado en algún cartel de la estación de Atocha— pero pasado el aturdimiento por el golpe, despertó mi curiosidad y mi afecto. Enseguida me di cuenta de que imponía respeto. Incluso mi padre se sintió empequeñecido ante ella. Lo primero que alcanzabas al verla era su mirada perspicaz, que una vez adivinado todo sobre ti la dejaba caer en algún formulario para permitir que te recrearas en su nariz aguileña, sus pómulos a flor de piel y sin defensas, su pelo negro y liso cortado a lo príncipe valiente y el uniforme de enfermera con capa negra, que portaba con gallardía cruzando los tirantes entre los pechos huidizos. Me consta que doña Tránsito no ha sido bien tratada por la imaginación de los niños y niñas que pasaron por aquí, pero yo recibí, después de la primera impresión, una agradable sensación en la piel. Supe que bajo su imagen de locomotora en marcha había una voluntad férrea para luchar contra nuestra enfermedad, y una sensibilidad maternal para los niños. Lo recibí de su mirada aquel primer día.



Los dos personajes que forman una pareja como la nuestra, después de vivir juntos treinta y cinco años, llegan a conocerse tan bien que saben respetarse los silencios y, lo que es aún mejor, intuyen el instante preciso en que el silencio empieza a ser desplazado por la necesidad de las palabras.

—¿Qué te hace pensar que otros niños guardaron mal recuerdo de ella? —me pregunta Alicia.

—No lo sé. Lo deduzco tal vez de lo que se ha escrito y se ha llevado al cine. No me extraña que hayan tomado su nombre: Tránsito se presta bien para la ficción, pero la han caricaturizado con todos los tics del franquismo. Aunque no me atrevo a afirmar que no los tuviera, pues éramos tan pequeños que sólo sentíamos lo que nos afectaba para bien o para mal, me inclino a pensar que han pretendido reflejar un espécimen de la época. Yo no sentí de ella, desde luego, esa inquina por los niños con que la retratan.

—¿Y no podría obedecer, como tú dices a veces, a matices distintos de una misma realidad?

Así es como Alicia suele dejar caer la duda sobre mi pensamiento. Sé que en el fondo está conmigo, con la forma en que le cuento mis vivencias; sé incluso que al final será ella quien me anime a escribirlas, pero le gusta hurgar hasta fundirse con mi sentimiento, y si es posible, sin maldad, recordarme de vez en cuando que ella también discrepa de mi forma de ver las cosas. ¡Nos conocemos tanto!

—Quizás más que matices sean realidades distintas. Las que provienen de nuestras diferentes percepciones infantiles.

—Comprenderás que eso no aclara nada.

—Cuando volví a casa mamá me enseñó una fotografía en la que me encontraba de pie junto al eucalipto gigante, donde alguna vez jugamos a las tabas con sus semillas. Estaba coloreada con primor en tonos suaves pastel y le pregunté quién la había pintado. Nos la envió así doña Tránsito, me contestó. Sé que esto ni aclara ni justifica nada, pero es que no quiero justificar nada. Sólo quiero contártelo a mi modo, como otros lo hicieron antes al suyo.



Ya he dicho que acababa de cumplir los seis años. Más tarde recordaría siempre esta edad como la más intensa de mi vida, en la que se presentaban situaciones a las que había que hacer frente; no valía dejarse llevar porque no sabías adónde podían conducirte.

Papá era un hombre de lágrima fácil. Me ingresó en el prevectorio y, llegado el momento de la despedida, se quedó desnudo de frases y de palabras. No encontró lugar alguno donde refugiarse. Tuve que calmarlo tomándole la mano. Por la noche, al sentir el hipo de uno de mis compañeros, pensé que a lo mejor las lágrimas ayudaban a encontrar caminos. Era muy pequeño para sentir nostalgia y aún no se había disipado la carbonilla de la aventura. El mar de mis sueños, si es que me había preocupado por soñar el mar alguna vez, dejó de tener olas que llegaban a descansar en la arena y se convirtió en un marco blanco de balcón, abierto a la claridad de la noche, donde las lucecillas gemelas de las barcas de pescadores se veían a lo lejos. Luego, sin dar la luz, rellené una de las tarjetas con estampilla que mamá me había preparado: *Papá, yo también he llorado*. Había sido una experiencia. Mi compañero, algo mayor, lloraba con desconsuelo. Papá, que con tanta resolución había buscado recomendaciones y sorteado esquinzos hasta lograr una plaza para mí, también lloró. Colgué mis incomprensiones de las paredes blancas de la habitación y me esforcé por verter alguna lágrima.

Recuerdo los apellidos de mis dos compañeros: Martínez de la Rosa, un chico de unos once o doce años y Castro,

que podía tener ocho. Yo ocupaba la cama del centro y oía el llanto de Castro, bajo las sábanas, noche tras noche.



Contemplo a Alicia mientras toma su sopa de marisco. Ella siempre ha tenido una capacidad especial para sentir por los dos; lo que no me justifica pero me libera. Dice que la sopa arde, que es como pedirme que espere un poco. Saca un pañuelito de papel con el que se enjuga los ojos y luego estalla con voz quejumbrosa.

—Eres tan brutalmente pulcro cuando cuentas las cosas que haces daño sin proponértelo.

Creo que comprendo lo que piensa. Ella suele comentar, cuando discutimos, que he aprendido a usar las palabras como cuchillas, a lo que yo vengo a responder que me hiere profundamente con sus mutismos. Pero no es el caso. Hoy no hay motivo alguno de enfado. Estamos de vacaciones y nos sonrío la vida.

—Lo siento... Mira, en esta fotografía aparece el perrillo que me acompañó en la visita. No se le puede reprochar nada, al fin y al cabo estos son ahora sus dominios. Estaba muy sucio.

—¿De verdad lo sientes?

—No siento el contarlo así porque no sabría hacerlo de otra manera. Sí siento el hacerte daño... De estas escaleras, a la derecha del perro, guardo un buen recuerdo: La visita a primeros de verano de mi familia. Cuando me avisaron de su llegada subí corriendo desde el comedor por estas mismas escaleras. La primera en verme fue mi hermana pequeña, que entonces tenía diez años, y aún oigo su grito: ¡Huy, mírale qué gordo está! En verdad había engordado, aunque las delgadas piernas seguían mostrando los huesos rotundos de sus rodillas, la cara se había redondeado y el

sol y la brisa se habían ocupado de aclararme el pelo y dorar mis mofletes.

Mientras intento relatar la visita, Alicia, que tiene también la virtud de hablar sin palabras y sin hacer un solo gesto, me para en seco para exigirme que se lo siga contando sin rodeos. Sin trampas.

—No, no. Te prometo que todo esto es verdad. Podrás confirmarlo de boca de mi hermana cuando volvamos. Aunque lo que ella no podrá contarte es el maremoto de emociones que se movió dentro de mí. El juego incontrolable al que me sometieron los sentimientos durante unos segundos. El cómo se transformó, de manera inexplicable, la nerviosa alegría que me había embargado desde que supe que vendrían, en una inmensa rabia que me apartó de su abrazo profiriendo un gruñido y que no permitió siquiera que me cobijara en el regazo de mi madre. Fue horrible.

—Sería porque no os llevabais bien. Tú siempre dices que regañabais porque te hacía de rabiarse y ella replica que le dabas patadas por debajo de la mesa.

—Esas son cosas de críos.

—Pero vosotros entonces erais unos críos.

—No he podido explicarlo bien. Es muy difícil después de tantos años. Lo que yo sentí en aquel instante fue un gran dolor del mundo; de las colinas de enfrente; de los árboles; del sol que me deslumbraba; de la pequeña vida que me rodeaba. Una rabia inmensa contra todo y contra todos; no contra mi hermana en particular. Ella lo pagó porque fue la primera en reconocermelo; la primera que notó mi cambio físico; la primera que quiso abrazarme. Pero no alcanzó a darse cuenta de que yo no quería los abrazos ni

los mimos de nadie. De nadie en absoluto. Dio el primer paso de la ridícula parodia sentimental y por eso la rechacé. Me resultaban más aceptables las lágrimas calladas de mi padre o la mirada firme de doña Tránsito.

Los principales recuerdos de esta época no me llegan vestidos con palabras. Ni siquiera de imágenes. Se presentan como chispazos a los que resulta muy difícil ponerles frases que los expliquen. Algunas de estas sensaciones se morirán conmigo por mi incapacidad para expresarlas.



El preventorio está construido sobre grandes escalones del terreno. Por debajo del gran edificio hay un jardín con palmeras, eucaliptos, cipreses, naranjos y otros árboles. En el siguiente poyato, adosado al muro de piedra hay un gran banco corrido de cemento donde nos llevan a los niños, cuando hace buen tiempo, para continuar allí nuestro reposo. No sé adónde llevan a las niñas pues sólo coincidimos con ellas en el horario del comedor. Nos da sombra una hilera de plátanos y, tras ellos, se extiende una antigua pista de tierra mezclada con escoria en la que antes de la guerra jugaban al tenis los ricos. Nuestra única posibilidad de entretenimiento es hablar, pero la señorita Mari no nos deja. Debe ser porque con nuestro parloteo no la dejamos concentrarse en su lectura. Paso el tiempo buscando caras en los dibujos que deja la corteza fina al desprenderse de los troncos de los plátanos. Hoy nos ha castigado otra vez con las manos bajo el pompis. Después ha ocurrido algo extraño, incomprensible, que por lo menos ha roto la monotonía.

Yo mido el tiempo como los perros. Una pulsión en el estómago indica que falta poco para ir al comedor. Cuando se entumece el cuerpo es que en breve nos trasladarán del segundo poyato al tercero, en el que hay una nave alicatada de azulejos color verde clarito, y donde las ventanas tienen rejillas que cuando las miras mucho y cierras los ojos, se vuelven cuadrados oscuros que vuelan como los pájaros. Si el aburrimiento se hace insoportable es que se acerca la hora de dormir.

Así, aquella tarde no se había cumplido más que la mitad del tiempo en que debíamos estar con la señorita Mari

cuando apareció la señorita María para sustituirla. La señorita María era blandita como una madre gorda que no te castiga nunca. El reposo con ella era llevadero porque hablábamos y reíamos. La señorita Mari era más joven, pecosa, de ojos azules, cara ovalada y se pasaba todo el tiempo leyendo para sus adentros un libro que sujetaba con la mano izquierda. Reclamaba nuestro silencio con la mano derecha, mediante una regla con la que golpeaba rítmicamente la mesa, como el tic tac de un reloj de pared. A la señorita Mari sólo la redimían los dos primeros minutos de su presencia, por el hechizo que su belleza ejercía sobre mí. Un hechizo exento de interés por apropiármela, similar al que obraba la estampa del ciprés que veía desde la ventana de nuestra habitación. Transcurrido ese pequeño lapso comenzaba a odiarla. Cuando llegó la señorita María, la señorita Mari se levantó y se acercó a mí.

—Venga usted conmigo —me dijo, y me quedé tan sorprendido por el hecho inusual de que se arrancara a un niño del reposo, que la seguí sin entender nada pero contento por la novedad.

Atravesamos el jardín por el paseo central, adornado con baldosas de colores y trozos de mármol; entramos en el edificio por la sala que tenía escrito en la pared, sobre la puerta principal, el lema: *Tanto monta monta tanto Isabel como Fernando*, que tantos quebraderos de cabeza me daba cuando intentaba descifrar qué era lo que montaban. Imaginaba a Isabel —sabía que fueron reyes de España— galopando sobre un caballo blanco y a Fernando sobre uno negro. Subimos las escaleras del primer piso hasta llegar a la sala de guardia de enfermeras y, una vez allí, dio la

orden de que me sentara sobre una banqueta redonda, cuyo asiento, de acero reluciente, estaba helado. Ella abrió de nuevo su libro sobre la mesa y se olvidó de mí. Yo la admiré dos minutos y luego la odié como de costumbre. No podía interpretar sus intenciones. Cada vez que la miraba me encontraba frente a una figura encerrada tras una urna de cristal. Pasaba el tiempo. Me vino la pulsión del estómago y noté cómo se deshacía en el vacío interior. Llegó el entumecimiento y, cuando el aburrimiento comenzó a hacerse insoportable, me pregunté qué estaba pasando.

Al fin hablé.

—Ahora iremos al director y le informaré para que le expulse del preventorio mañana mismo.

Fue una experiencia extravagante. Si quería ver unas lágrimas yo no tenía inconveniente en dárselas.



Estamos a finales de febrero. Hace sol y desde nuestra mesa en el restaurante puede verse el jardín en que, con vuelo nervioso, se ha posado una abubilla en busca de insectos. El dueño del restaurante, movido por la visión, habla de los pájaros de la zona e inicia una discusión con otro cliente sobre la fealdad o la belleza del ruiseñor. Pienso que sus puntos de vista demuestran percepciones diferentes sobre una misma realidad: el canto del ave. A uno le subyuga de tal manera la armonía de su canto que, aunque con seguridad no lo ha visto nunca, no puede imaginar que esos gorjeos melódicos puedan ser emitidos por un cuerpecillo poco agraciado. El otro, que ha pasado muchas horas observando a los pájaros, distingue su fealdad por comparación. Pongo oído a la evolución de la charla en que se manifiesta el gran conocimiento de los animales que posee este hombre.

—Discúlpeme amigo, —intervengo sobre la disputa—, tengo una duda de algo que vi en mis años de niño por debajo de la última nave del preventorio. Estábamos sentados en silencio junto a la barda que lo limita, frente a un pequeño arbolito en el que vino a posarse un gorrión. De pronto, como si fuera una rama elástica, vi una culebra que se movía frente al pájaro e inmediatamente éste se desplomó sin sentido hasta el suelo. Bajó la culebra, lo engulló y desapareció entre unas matas.

—¿Cuál es su duda?

—Mi gran duda es si la culebra pudo hipnotizarlo.

—Bueno, yo no puedo aclararle eso. Ya sabe que corren muchas leyendas sobre las serpientes. Usted cuenta lo que

vio y la gente puede creerle o no. Pero si usted lo vio, es que lo vio. ¿No es así?

Recuerdo que desde mi asiento en el banco alentaba al pobre gorrión con el pensamiento. Le gritaba: ¡Vamos despierta! ¡Que viene! ¡Levántate y echa a volar! ¡Vuela, vuela!

—Es que, como ha pasado tanto tiempo no puedo asegurar, por ejemplo, que le mordiera con un rápido movimiento. O incluso, puedo pensar, que el pajarillo tuviera un paro cardíaco producido por el miedo.

—Fuera lo que fuere el efecto fue terrible para él. ¿No es así?

—Desde luego.

—Voy a contarles algo que me ocurrió cuando era mozo. Luego ustedes lo creen o no, según les parezca. Yo siempre he vivido aquí y me gustaba andar por la sierra. Un día me entretuve mirando a lo alto de una peña caliza, di un paso atrás y noté que pisaba algo blando. Comprenderán que salté adelante asustado. Había pisado una serpiente enorme, de más de seis metros, que se había comido un cabrito y hacía la digestión durmiendo la siesta.

—¡Caramba! Y dígame, porque creo recordar este paisaje con otra vegetación, ¿no había antes muchos más algarrobos de los que hay ahora?

—Muchos más. Yo mismo he arrancado los de mis parcelas... Por las ratas, ya sabe.

—Ya. Se comían las algarrobas, ¿no?

—Así es, pero, le ruego que dejemos esta conversación. No es muy apropiada para un comedor.



Ser el más pequeño en una comunidad infantil no suele encerrar más que muchas dificultades y tan sólo una ventaja: puedes observar a los demás desde tu rincón. Pero ventaja y dificultades, curiosamente, nacen de la misma raíz: el olvido al que crees estar sometido. Sin embargo siempre llega el día en que otro niño decide romper esta regla para fijarse en ti como objeto de sus bromas. Para asediarte.

No quiero hacerme el niño bueno, todo apunta a que debía ser un poco rebelde. ¿Qué otro motivo puede explicar la actitud de la señorita Mari?

Guardé en la memoria un gran pesar durante muchos años, con el profundo convencimiento de que mi reacción pudo haber tenido consecuencias muy graves para aquel compañero que, un buen día, decidió perseguirme con sus impertinencias.

La mañana había empezado con el baño y el cambio de muda. Los sábados eran días de efervescencia infantil. A los mayorcitos les permitían bañarse solos, bajo una vigilancia relativa, pero los más pequeños éramos enjabonados en fila por una señorita, de pie, dentro de las piletas, tiritando, y, en ciertos momentos, alborotando con cortos y húmedos gritos, risas y llantos. Ocurrió entonces: sin saber cómo ni de dónde venía, cayó sobre mí el contenido de un balde de agua que, en el sobresalto, amenazó con ahogarme. Al volver a la realidad vi la imagen grotesca de su cara, mostrándose ufano con la fechoría. Algo negativo debí transmitirle entonces porque se exacerbó su ira. Arrancó de mis manos la camiseta que

había de ponerme limpia y fregó con ella los baldosines del baño. Aquella mañana anduve mojado de un lado para otro.

La tarde amenazaba tormenta. Recluidos en la sala verde del último poyato escribía una carta para la familia: a mi hermana mayor, le pedía que no se casara hasta que me dieran de alta y pudiera volver, porque no me quería perder su boda. A la pequeña, le preguntaba si había visto a *Jose* y a *Juaqui*, nuestros amigos del barrio a quienes tanto echaba de menos.

Yo era consciente de que mi buena letra había despertado la atención de todos desde que, nada más ingresar en el preventorio, la señorita María me hiciera acercarme a su mesa para que le contara lo que quería decir a mis padres. Le contesté que prefería escribirles yo. Mas esto se trocó en un nuevo desafío para mi recién adquirido enemigo. Esa tarde se sentó a mi lado y comenzó el asedio: me golpeaba en el codo, se chupaba el dedo y mojaba mi oreja con su saliva; lo habitual. Consideré que había traspasado el límite cuando intentó garabatear la carta que estaba escribiendo. Fue entonces cuando empuñé con fuerza el lapicero y se lo clavé en la cabeza.

Asustado por lo que había hecho, perdí el sentido del tiempo hasta que lo vi aparecer chorreando agua. Parecía un pollo medio desplumado. Ayudado por otro chico que presencié el altercado, había metido la cabeza en la pila hasta que dejó de sangrar. No hubo chivatos. La señorita no se enteró de nada, pero mi tormento comenzó al darme cuenta de que la mina del lápiz se había roto y no aparecía por ninguna parte. ¿Y si se le había quedado dentro? Conocía historias, oídas a los mayores, que hablaban de personas que habían muerto porque se clavaron una aguja

y, poco a poco, ésta había ido recorriendo sus venas hasta llegar al corazón. Aquel día deseé que me expulsaran, deseé un castigo, pero como no lo hubo, las pesadillas me acompañaron durante mucho tiempo.



El perrillo negro y sucio continúa a mi lado. Se nos ha unido otro que tiene un mechón de canas en la frente y deja ver, más a las claras, la necesidad de un buen lavado. Me pregunto qué comerán. Si me atreviera a meter los dedos entre sus lanas, a modo de caricia, encontraría unos cuerpecillos diminutos y escuálidos, plagados de huesos. Quizás cacen ratones.

Saco una fotografía del pasaje que en aquellos tiempos conducía al servicio médico. Queda justo encima de lo que eran los baños. Es un pasillo estrecho, colgado como un puente, que une dos torres. Mis recuerdos infantiles lo representaban más ancho, pero lo que sí han conservado con gran precisión es la forma de sus ventanas de arco escarzano. Al pie de una de ellas sufrí un desvanecimiento.

Recién levantados nos llevaron al médico. Formábamos cola en camiseta e iban llamándonos de dos en dos. Los chicos que llevaban más tiempo en el preventorio tejían sus redes para que los nuevos quedáramos prendidos en ellas. Alguno de ellos susurró a media voz que a los diez primeros que llamaran los iban a operar. Que esa era la norma y, que quien se librara ese día no se libraría el próximo. Se formó un lío de nervios y de preguntas veladas. Yo atendía en silencio a todo lo que se hablaba, desde mi rincón, apoyado en la pared, debajo de una de las ventanas. Poco a poco me dejé resbalar hasta el suelo acompañado por un frío sudor. Cerré los ojos y perdí el conocimiento.

La enfermera aseguró que el mareo fue debido a que aún no había desayunado.



Hemos comido bien.

En el coche, rumbo al Sur, Alicia quiere saber si me he emocionado en algún momento de la visita. Ya he dicho que a ella le gusta hurgar dentro de mí. ¿Cómo puedo contestar a esta pregunta? Maduro la respuesta porque hay algunos sentimientos que no quisiera mostrar para no hierla. ¿Cómo decir a tu compañera que sientes como si ya hubieras vivido muchos más años de los que te estaban destinados? ¿Cómo hacer comprender al amigo que es posible vivir bajo un régimen feroz y ser feliz?

—Los rincones siguen ahí a pesar de la ruina. Me he sentado en el largo banco de cemento donde nos sentábamos de niños. Ya no existen los plátanos que nos daban sombra y, las rodillas me quedan a la altura de los hombros. He sentido en la piel la caricia de la brisa como la sentía entonces. He añorado el revuelo de uniformes blancos por los jardines. No había niñas en los comedores. He visto, al pasear por la solana, el murete de piedra donde me sentaba con la señorita María para leer, una y otra vez, el texto que declamaría el día de la primera comunión; el día de la Merced; el día que volaría a casa. Creo que me he emocionado al pensar que tú me esperabas al otro lado de la valla y, no he querido hablarte apenas de los perros vagabundos que habitan en el cuarto de enfermeras.



Dos noches después, en un hotel de Torre Vieja, me he despertado a deshoras para mirar el mar desde el balcón: allí me aguardaban las luces de las barquitas pescadoras.

*J. Bielsa*

*Guadalajara, 11 de marzo de 2005*